

LA PÉRDIDA COMO RASTRO DESCRIPTOR DE LOS TIEMPOS POST-MARÍA

Amaryllis R. Muñoz Colón

Si el mundo cambia de forma brusca, si perdemos los puntos habituales de orientación y referencia, presentimos, de manera ominosa, que algo nuestro se ha perdido..." (En Andrés Tovilla Sáenz: 2017: pp. 73-74).

RESUMEN

Este artículo constituye una reflexión desde la disciplina de la psicología, el psicoanálisis y el paradigma de la complejidad en torno a los estragos psíquicos ocasionados tanto por el huracán María como por el manejo gubernamental y privado posterior a la crisis en Puerto Rico. Las angustias y sentimientos de vulnerabilidad, abandono y precariedad real e imaginarios como efectos padecidos a partir de la destrucción, de la ausencia de recursos de primera necesidad, de la migración de familiares, de muertes y desapariciones de vidas, como cuerpos que no importaron (nuda vida) y la tardanzas o escasez de las ayudas recibidas, son analizadas desde el significativo pérdida. El mismo fue denominado como descriptor de esas experiencias ominosas. El análisis se distancia del realizado por los medios, destaca las tendencias psicologistas, psicopatologizantes y victimistas que decretan traumas singulares y colectivos inmediatos a partir de la ocurrencia de un fenómeno exterior como lo fue este huracán, y traza una ruta desde la complejidad y el psicoanálisis en torno

a cómo la pérdida da cuenta, entre otros, de esos pequeños y grandes duelos que enfrentamos los humanos durante el trayecto de la vida. El trabajo reconoce la crisis como constitutivo de la vida misma.

Palabras relacionadas: vida psíquica, pérdida, trauma, crisis, duelo, estragos, psicoanálisis, paradigma de la complejidad, Psicología, fenómeno natural, huracán, tormenta, memoria

I. INTRODUCCIÓN

Los que vivimos el paso del huracán María podemos decir que el mismo ha producido estragos¹ colectivos y singulares, tanto en la geografía física como en la geografía psíquica de los habitantes de Puerto Rico. Aún en diciembre de 2017, tres meses después del paso de este fenómeno natural, sus efectos seguían siendo imposibles de representar. Los mismos no sólo se encuentran vinculados a vivencias de pérdida y destrucción reales, sino al rastro psíquico producido por vivencias de amenazas intensas y súbitas, productoras de angustias, que no encuentran sentido ni ligazón simbólica, y que conllevan tanto rupturas de imaginarios de seguridad así como sentimientos de vulnerabilidad y precariedad. Estos efectos no pueden atribuirse solo a la fuerza de vientos nunca antes vistos y sentidos por la generación de personas que las padecemos, ni a las inundaciones catastróficas ocasionadas por las lluvias, la entrada de ríos, mares y desbordamientos de represas cuyas compuertas fueron abiertas sin notifi-

¹ Desde el psicoanálisis, la categoría estrago remite a lo que Juan Carlos Volpatti (2009: 01) denomina como ese “arrasamiento momentáneo (es decir que se trata de un momento subjetivo, no una constante) de la capacidad –por parte del hablante– de simbolizar su posición ante el deseo del Otro, es decir que no alcanza a recurrir a su tesoro simbólico para hacerlo pero, además, ni siquiera puede apelar al armado de un *acting* en un primer momento, ni siquiera a un pasaje al acto.” En ese sentido su uso en este ensayo privilegia esa diversidad de sin sentido que puede producirse en quienes vivencian un fenómeno que desborda su expectativa y referentes.

cación alguna. La inundación aparece aquí en tanto metáfora de exceso, conflictos y decisiones súbitas que forman parte de la vida y que el huracán María evidenció como posible, o bien como aparición de lo jamás pensado: pérdida de residencias y pertenencias y, sobre todo, cercanía de la vulnerabilidad y la amenaza inminente a la vida. Como es planteado en el preámbulo de este ensayo por Andrés Tovilla (2017:pp73-73), un mundo se nos cambió de forma brusca sin poderlo entender, por otro que va siendo, cuya precariedad y desafíos nos parece ominoso, dejando un rastro descriptor para referir esta experiencia: pérdida.

Este ensayo tiene como objetivo el análisis de las vivencias previas, durante y posteriores al huracán María, desde referentes psicoanalíticos y complejos, para proponer posibles pistas sobre los estragos psíquicos ocasionados por las vivencias de amenaza y pérdida vividas. La interrogante ¿qué asuntos del psiquismo complejo, quedaron intersectados por las experiencias vividas, previo, durante y posterior al huracán María? constituirá el hilo conductor del análisis. Además, el trabajo ofrecerá algunas recomendaciones para posibilitar una preparación futura ante otro fenómeno similar, dejando especificado que las mismas no son análogas a propiciar la prevención de los efectos psíquicos de catástrofes futuras similares debido al carácter de alteridad radical que se le concede al psiquismo.

II. ANTECEDENTES AL HURACÁN MARÍA: CRISIS ECONÓMICA Y MEMORIAS DE PÉRDIDAS DE NUESTROS ANTEPASADOS

Previo al huracán María, y en el contexto de toda una invasión de noticias sobre los fuertes efectos vinculados al manejo del problema de la deuda y de la quiebra económica que iba afectando la situación laboral, el estado económico de muchos, la pérdida de trabajos, la entrega de casas a los bancos y los cambios de niños de escuelas privadas a públicas, los psicólogos comenzamos a recibir pacientes cuyas quejas nos permitieron aquilatar grandes dosis de angustia. La pérdida se constituyó en un significativo privilegiado.

La semántica de la pérdida adquirió multiplicidad de referentes: de fuentes de ingreso tal como se conocían, pérdida de los hijos y familiares que emigraban a diferentes partes de Estados Unidos buscando su bienestar, provocando un vacío en la estructura afectiva familiar de aquellos que formaban parte de un núcleo más amplio, así como relatos de desesperanza al no poder afrontar compromisos económicos. Esa semántica de la pérdida constituyó, a mi modo de ver, uno de los catalíticos de las ideas suicidas que comenzaron a aflorar, así como de las noticias en torno a suicidios consumados.²

No solo se debe atar la figura de la pérdida con el binomio producido por la crisis fiscal-Junta de Control Fiscal y sus amenazas como antecedentes psíquicos al huracán María, sino que es pertinente reconocer que nuestra memoria personal y colectiva se encuentra conectada con los significantes tormentas y huracanes por la vía de nuestra historia como *isleños*. Más aún, si concedemos, como plantea Néstor Braunstein (2012:197), a que “las redes de relaciones sociales, las del lenguaje mismo como institución estructurante del sujeto, anterior y exterior a él, muestran que nadie puede ser el dueño exclusivo de la memoria y que el Otro es la tierra de donde la memoria saca los jugos que son vitales para su existencia” reconocemos que esos significantes forman parte de los relatos que a muchos, sino a todos, nos contaron nuestros antepasados. San Ciprián y San Felipe fungen como iconos representativos de pérdida y de la precariedad que conllevó sufrir los embates de un fenómeno natural. El anuncio, *viene un huracán* nos provoca tensión, miedos o, a lo sumo, estados de alerta. Es que, si la memoria es huella nostál-

² Diversos periódicos en Puerto Rico reseñaron una alza en los suicidios a partir del huracán utilizando datos ofrecidos por Ciencias Forenses. Julio Víctor Ramírez Ferrer del periódico digital *La Calle*, del 17 de noviembre de 2017, especificó un alza en los suicidios. “...los datos que se manejan por el Instituto de Ciencias Forenses, indican que desde el paso del huracán María al 13 de noviembre, había 37 suicidios confirmados, de los que tres son atribuidos directamente al huracán.” De igual modo, Parés Arroyo, M. (2017) en su artículo “Se registra alza de muertes tras María”, en el periódico *El Nuevo Día*, del miércoles, 8 de noviembre de 2017-11:30 PM, ofreció datos similares. Artículo recuperado de la siguiente dirección electrónica: <https://www.elnuevodia.com/noticias/locales/nota/seregistraalza demuertes tras maria-2372818/>

gica mediante la que revivimos a los que nos han precedido, y nos retrotraemos sin control a un tiempo siempre diacrónico que nos hace volver a vivir y a sentir momentos del pasado nuestros y de los otros, en tanto carácter mimético consciente e inconsciente de lo humano, ¿por qué no reconocer que el significativo huracán o tormenta nos convoca a recordar la historia de los padecimientos que nos relataron nuestros abuelos, nuestras madres, padres y familiares sobre los estragos dejados por esos huracanes que azotaron a Puerto Rico en tiempos de pobreza generalizada y de lucha? Los huracanes San Felipe, en el año 1928 y San Ciprián, que nos atravesó en el año 1932, deterioraron más aún las condiciones existentes de miseria. ¿Cómo quedan en nuestra psiquis singular y colectiva esas historias sobre la devastación ocasionada por esos huracanes, contadas de una generación a otra? Definitivamente, queda como un asunto a considerar pues no solo habla de un efecto debilitador en todos, sino también como defensa, como experiencia y conocimiento sobre los peligros a considerar ante el paso de un fenómeno atmosférico. Sobre todo, cuando posterior a esos huracanes, como si de un pase de batón se tratara, los años cincuenta proveyeron a los habitantes de Puerto Rico la oportunidad de enfrentar sus propias experiencias con huracanes. Generaciones a quienes se les habían contado esas historias, vivimos la tensión de la tormenta Santa Clara, o Betsy, en el año 1956. Más adelante, todos los que habitábamos en Puerto Rico en el año 1989 recordamos los preparativos ante el inminente azote del huracán Hugo. Más adelante nos azotó el huracán Georges en el 1998. En el medio de esos huracanes, quedan en nuestra memoria otros fenómenos atmosféricos, unos que sin llegar a Puerto Rico produjeron como poco, como tormentas o huracanes, inundaciones y pérdidas de vidas. Han sido varias la veces que fenómenos naturales han sido anunciados, requiriéndonos planes, suspensión de trabajos, de actividades planificadas con tiempo y de clases en las escuelas y que solo quedaron como eso, preparaciones. Vale mencionar cómo la memoria, reminiscencia de vivencias culturales y de nuestro lazo social, se activa cuando se anuncian esos fenómenos. Aun siendo los humanos, como dice

Néstor Braunstein (2012), "...lisiados de la memoria, estibadores del olvido..." en ocasiones podemos recordar detalles de lo que hicimos previo o posterior a un huracán. Se activan memorias de otros momentos de "huracanes" lo que nos lleva a asumir diversidad de posiciones: no hacer nada, pues pensamos que no va impactarnos o a recordar el huracán anterior cuando teníamos una fiesta y todos los que acudieron comieron y se llevaron comida para días posteriores sin luz o si estábamos en un coloquio y los organizadores montaron al conferenciante en el último avión que despegó del aeropuerto Luis Muñoz Marín, logrando escapar de los embates del fenómeno. Así, los significantes huracán y tormenta se encuentran en nuestro psiquismo particular y colectivo preñados de significados como pérdidas de la cotidianidad y gestores de nuevas maneras de socializar: noches de juegos de dominó, cartas y conversaciones a oscuras, compartir comida con los vecinos ya que se cocina todo lo que se tiene en las neveras para no botar la misma. En fin una cotidianidad que cambia como quiera que la conocíamos. ¿Cómo no reconocer este antecedente memorioso como presente ante el anuncio y el paso del huracán María? Un solo asunto fue diferente: el nivel de devastación que provocó el fenómeno nunca fue imaginado. La deficiencia, la falta de preparación y quizás la impotencia gubernamental tampoco fue sospechada. "María" será recordado como parte de la historia de Puerto Rico de muchas y variadas maneras, pero ciertamente como uno que contribuirá a estremecernos, amenazarnos y a levantar defensas, unas enigmática y otras reales ante el anuncio de un futuro huracán.

Las advertencias de huracán nos producen ansiedad, presentimiento ominoso de todo lo que podemos perder. Nos movilizamos y realizamos llamadas telefónicas a los seres queridos para asegurarnos que están preparados y seguros y recibimos comunicaciones de familiares y amigos en la diáspora quienes en sus diversos países siguen la trayectoria del fenómeno que amenaza con impactar la Isla. Muchos salimos a comprar comida, invitamos a vecinos y amigos a pasar el huracán en una sola casa, la suspensión de clases y trabajos produce espacios para relajarnos de una ajetreada coti-

dianidad que se interrumpe cuando se exagera eso que la cotidianidad nos mueve a olvidar: la incertidumbre.

El huracán María no solo fue precedido por esas memorias históricas que inciden en nuestra psiquis como isleños, sino que su peligrosidad fue presagiada, al vivir por la vía de los medios, dos terribles huracanes, Harvey, reseñada mediante imágenes como uno monstruoso, que devastó sectores de Texas y cuya trayectoria nos mantuvo tensos, e Irma, cuyos vientos más débiles solo nos rozaron. Los mismos provocaron que muchos recibiéramos al huracán María desde la precariedad de vivir sin agua ni luz, ayudando a nuestros vecinos de las Islas que quedaron destrozados y quizás rescatando de nuestra memoria el estribillo popular: “qué será de Puerto Rico cuando llegue el temporal”.

Las pérdidas, esas que subyacen en esas memorias y olvidos que se activan de modos inimaginables ante los significantes tormentas, huracanes y fenómenos naturales, constituyen recordatorios enigmáticos tanto de vivencias previas propias como ajenas y forman parte de esos espacios inconscientes de aquello que ya no es, de nuestros duelos, la incertidumbre que forma parte de la existencia. Constituyen modos de tramitar psíquicamente las ausencias, bien sea de alguna persona, de una forma de vida, o de un estado personal. Esto es, se trata de un valor que se erosiona ya que se desarman los entendidos conscientes o inconscientes de lo que, tanto en el plano particular como colectivo, estructura, da sentido de vida y asegura los imaginarios necesarios para seguir en la vida de forma continua y consistente. Podría decirse que, justo en el momento en que las personas en Puerto Rico intentaban producirse/inventarse, ante las amenazas que ocasionó el disloque anunciado por la deuda y la junta de control fiscal, antecedentes homónimos de huracán, este esfuerzo quedó en suspenso ante la llegada del huracán María y surgieron así las nuevas carencias y luchas que va implicando vivir en esta nueva crisis.

La ineficacia probada de los preparativos privados y gubernamentales llevados a cabo para propiciar la seguridad de todos/as ante el paso del fenómeno María nos enfrentó a la aguda adverten-

cia que nos hace Sigmund Freud en *El Malestar en la cultura* (1996). Esto es, la hiperpotencia de la naturaleza. La misma aparece como una amenaza inexorable que, conjuntamente con el deterioro del cuerpo y con las dificultades que propenden de las relaciones humanas impide, para Freud, que la felicidad forme parte del plan de la vida. El texto, escalpelo que desinfla nuestras aspiraciones de convertirnos en una suerte Dios-prótesis, desde los imaginarios producidos por el trayecto de las relaciones entre sujeto y tecnología, los cuales descansan en el entendido de que todo es posible de ser controlado y vencido, parece una vez más quedar validado: el principio del placer, que sostiene nuestra pulsión de vida, queda siempre emplazado y limitado por la hiperpotencia de la naturaleza. Vale decir que el análisis de los estragos dejados por el huracán María, pueden ser ubicados en la dimensión de lo que en la Psicología clásica se nombra como Psicología de Crisis. No obstante, a diferencia de la lectura paradigmática newtoniana cartesiana de esta subdisciplina de la Psicología, el psicoanálisis nos permite plantear que atravesar una crisis no es salir de estar bien para estar mal, pues no es la dicotomía (bien/mal) la que describe los avatares conscientes e inconscientes de la vida psíquica desde este campo conceptual. Es pertinente tener en cuenta un asunto central de la vida: la constancia de la crisis, cambio constante de la vida y como reconocimiento de la incertidumbre. Como bien sostiene José Perrés (1997:1), “la crisis está indisolublemente unida a la vida ya que no hay posibilidad de vida sin crisis, la que nos acompaña potencialmente durante toda nuestra existencia, teniendo sus picos más álgidos en múltiples momentos del ciclo humano, desde el nacimiento hasta la senectud y la muerte”. Así, la lista de lo que es crisis o no para cada quien en su carácter particular o desde el punto de vista de diferentes colectivos, carga una dimensión singular vinculada a las diferentes situaciones coyunturales que marcan cómo esta es vivida y sentida, por lo que no es posible sentenciar/decretar de una sola vez cómo se está en crisis, más a allá o más acá de lo catastrófico de la situación que interrumpa –inexorablemente o no– la vida.

III. VIVENCIAS Y CRISIS DESDE EL HURACÁN MARÍA: DURANTE Y DESPUÉS

Los medios de comunicación inciden en la inteligibilidad de lo que se vive ante los llamados fenómenos naturales. Si le seguimos la pista a los medios de comunicación, antes, durante y después de un fenómeno natural, podemos destacar discursos alarmantes, y patologizantes, que se entremezclan con los informativos, en torno a cómo afectan esas crisis al sujeto humano. Operan como una suerte de tecnología de “psicologización” del mundo. El espacio mediático, echando mano del campo discursivo de la psicología tradicional, tiende a generalizar la crisis y a asumir que estas operan en todas las personas de igual manera. Las experiencias psíquicas singulares son colapsadas en diagnósticos y traumas a partir de interpretaciones maestras (con pretensiones hegemónicas), asumiendo que la enfermedad y el desajuste es lo que prevalecerá en todos ante los fenómenos naturales o sociales. Los medios incitan a la producción de campañas cuya intención es discursar las angustias públicamente y de forma inmediata, obviando la complejidad (consciente o inconsciente) de los psiquismos particulares y colectivos. Mediante la repetición de relatos de personas quejándose, esta práctica propicia una victimización generalizada en tanto evidencia de las consecuencias patologizantes del desastre. Contrario a dicha mirada psicologista, la vida contemporánea, su celeridad, nos enfrenta a todos más allá o más acá de nuestros medios y posibilidades, a constantes destrucciones y amenazas, a la incertidumbre. Requieren de nosotros acoplamientos los cuales son, por lo general, variados. Algunas personas tienden a movilizarse con todo y síntomas, y otras se paralizan. Algunos son enganchados en la psiquiatrización mediante el circuito de la farmacologización de su vida y de terapias en las que prevalecen los diagnósticos como directrices de tratamiento. Otros movilizan su sentido solidario, su lazo social activando actos heroicos, organizando comunidades, salvando vidas y colaborando hacia el bien común.

El huracán María estremeció la vida, la cotidianidad y los planes de todos. Recién nacidos, ancianos encamados, animales, familias y

personas en su carácter singular supieron lo que es padecer largas horas en los techos de sus casas en medio del huracán y sus fuertes vientos antes de ser rescatados. Otros han relatado las largas horas de horror flotando en balsas dentro de sus salas, entre esperas y desesperos por su rescate. Son múltiples e interminables los relatos y experiencias dramáticas que aún se van contando, al tiempo que desde el contexto clínico sabemos que serán muchas las historias que quedaran silenciadas/encerradas, en tanto criptas memoriosas (Wang,2011:1) y silencios imposibles de apalabrar, pues encarnan asociaciones inconscientes de vida que requieren trámite simbólico de los psiquismos particulares y colectivos, antes de enfrentar (conscientemente/socialmente) los fantasmas que encarnan. Es posible proponer que esas altas tensiones provocadas por todo lo nombrado como "Huracán María" así como por el manejo humano de las condiciones de vida previo, durante y posterior al huracán aparecen en el mundo psíquico como un encuentro con lo ominoso. (Tovilla Sáenz, 2017:1). Lo ominoso constituye "aquello que no nos es familiar, común y que además adquiere características terroríficas" (Schreck, en Tovilla Saenz: 2017:1). Lo ominoso, en este caso, es la pluralidad de vivencias y significaciones en torno a "María" que opera junto con otro significante central que describe lo que nos impacta: lo disruptivo. (Benyakar, 2016). Lo disruptivo es

...la capacidad potencial de un fenómeno fáctico de desestabilizar los procesamientos psíquicos. Y como fenómeno fáctico relacional, nos permite remitirnos, analizar las cualidades y evaluar la dinámica de un accidente, una violación, una crisis, o cualquier tipo de relación movilizante para el psiquismo, desde su perspectiva fáctica. Así, podemos adjudicarle un mayor o menor potencial de disruptividad a lo sucedido fácticamente. Por lo tanto, veremos que habrá eventos o entornos disruptivos que pueden, o no, generar procesos psíquicos del orden de lo traumático."

Lo traumático refiere a cicatrices inconscientes que nos produce la percepción consciente e inconsciente de los avatares que enfren-

tamos en la vida y que la omnipotencia humana no puede tramitar simbólicamente o bien no puede aceptar instaurándose como espacios sin capacidad de comprensión simbólica. En su defecto, queda entre otros la aparición de síntomas, terrores, temores y todo aquello que directa o indirectamente se asocie con esa “cicatriz” u otras desde una interminable posibilidad de cadenas asociativas.

La prensa española, por ejemplo, rescató mediante su reseña de los estragos del huracán María situaciones que representan tanto lo ominoso como lo disruptivo del fenómeno. La misma también es sugestiva de lo traumático y su vínculo con el otro. Un Otro cuyo rostro es el carácter político y social del fenómeno. Esto es, la reseña visibiliza cómo la desaparición, la muerte y la pérdida sentida por muchos a la vez se encuentra atada al fenómeno del poder y la violencia, vínculo extremadamente necesario en aras de no producir un análisis de corte psicologista. Los antecedentes, así como los asuntos vividos posteriormente tras el paso del huracán, visibilizan el efecto de la biopolítica como forma de gobernabilidad y como violencia que extiende sus garras de manera progresiva en el espacio de la vida, a los asuntos a los que la política le otorga o no reconocimiento, así como de lo que excluye e incluye con arbitrariedad, produciendo, como plantea Giorgio Agamben (1998), la nuda vida. Nuda vida / vida desnuda en tanto desappropriación del derecho a la vida humana y en tanto expresión de un poder descarnado que nos inviste con su ceguera, falta de reconocimiento y falta de acción cuando la ayuda se requiere de manera urgente, para posibilitar la vida misma o como único potencial real para evitar un desastre mayor. Así, esta vez, lo vivido por amplio sectores como pos-María, habría que denominarlo, no como un desastre natural, sino como desastre político y social. La reseña de Pablo del Llano (2017) da cuenta de algo de lo que se sigue viviendo meses después del huracán María: la vida desnuda, nuda vida: vida literalmente a la intemperie.

La mencionada reseña recoge una vivencia que no había sido reconocida por el Gobierno de Puerto Rico ni de Estados Unidos y aparece como denuncia en el plano internacional: “En las sema-

nas posteriores, en medio del colapso del sistema eléctrico, con casi toda la isla sin luz ni agua corriente, la media diaria de muertos se multiplicó por 25. Desde que el huracán arrasó la isla el 20 de septiembre con categoría cuatro y vientos de más de 150 kilómetros por hora hasta finales de octubre, hubo alrededor de mil muertos más de lo normal en comparación con las medias de los dos años anteriores. El Gobierno de la isla, sin embargo, hasta la fecha solo liga 64 defunciones a su efecto.” (Pablo Del Llano: *El País*: 9/12).

La reseña de la prensa española metaforizó la paradoja de lo que no es posible contabilizar, lo que desborda la cifra al tiempo que requiere de la misma, para dar cuenta de vidas que con su invisibilización parecen no contar. Que un gobierno no tome en consideración esas pérdidas, el rastro o el resto del dolor que padecieron ellos en sus procesos y sus seres queridos, ciertamente produce toda suerte de secuelas de abandono y desamparo.

La falta de energía eléctrica, así como de recursos básicos, todavía imperan en Puerto Rico. Una nueva estampida migratoria, de algunos que importan y de otros que parecen ser asumidos como excesos (los que no importan) ha producido el que un gran número de personas hayan fallecido en el tránsito y fuera de Puerto Rico debido a que sus condiciones de salud empeoraron como secuela del estrés vivido durante el huracán. Las largas filas requeridas para todo –comprar comida, echar gasolina, salir del país, las gestiones diversas para sobrevivir– han abonado a la precarización de la salud de muchos, fragilizando las fuerzas y, a la vez, recrudesciendo los ambientes y contextos de lucha. Si bien, como plantea Freud (1996), el principio de la realidad nos produce la fuerza para establecer lazos sociales que operan para el bien común, sobre todo cuando ocurren estos eventos (lo que en Puerto Rico y en la diáspora produjo todas una suerte de expresiones y solidaridades), también pudimos conocer su contraparte: saqueos y robos en tanto expresiones pulsionales agresivas que encarnamos todos y que es otra vía que se abre para tramitar la tensión cuando ocurren estos acontecimientos. Se desarrolla toda una suerte de estrategias conscientes e inconscientes para lidiar con los retos que han formado

parte de lo vivido, en lo colectivo y en lo singular y que han aportado cicatrices psíquicas de pérdida de seguridades como las conocíamos, ahora asociadas con el paso este fenómeno natural.

Por otro lado, la naturaleza ha dejado magistralmente expuesta la capacidad de destrucción y de recuperación de la vida. Mientras en un primer momento el huracán quedó representado como ambiente que nos es ajeno, como deforestación que durante días provocó la sensación de vivir en un país azotado por bombardeos, en semanas posteriores el verdor asoma para ofrecerse como un paisaje con esplendor, que es esperanza de vida.

IV. LOS NIÑOS Y MARÍA

La pregunta “qué es un niño” y la reflexión vinculada a cómo lidiar con los menores cuando la vida es afectada por un fenómeno natural tan potente como lo fue el huracán María, constituye una interrogante obligada. La misma es contestada desde el psicoanálisis proponiendo considerarlos desde el caso por caso o desde la comunidad a la que pertenecen. Y es que los niños, si bien presentan dimensiones comunes en sus modos y posibilidades de percibir, entender, apalabrar o no el mundo que van viviendo son, a su vez, sujetos en sí mismos de sus deseos inconscientes. Cómo cada uno de los niños percibió y significó una amenaza como el huracán María constituiría un arduo trabajo de entrevista singular y colectiva para conocer sus significaciones. No obstante, si bien es pertinente plantear que los cuidadores van a ser centrales en la manera en que le van a transmitir seguridad así como lo que representa un peligro, una amenaza, también estos, de modo espontánea, nos sorprenden realizando actos de heroísmo cuando ocurren catástrofes o fenómenos naturales.

El análisis del niño desde el psicoanálisis nos deja ante un humano que si bien va a requerir explicaciones y cuidados de acuerdo con su edad, con su capacidad cognoscitiva, afectiva, también hay que reconocerle sus acoplamientos. Los niños nos dejan saber mediante sus acciones y palabras sus producciones de sentido sobre sus

vivencias, sus miedos y sus frustraciones. Participan de la tensión y aportan a sobrellevarlas también. No deben ser excluidos ni psicopatologizados. Esa fuerza la han demostrado muchos niños en Puerto Rico post-huracán María que al día de hoy viven una nueva cotidianidad en casas sin techos, con toldos azules, así como en planteles escolares en los que aún no cuentan con energía eléctrica o agua. Se observa en muchos que han podido generar creativamente estrategias de sentido y de tolerancia a la frustración a las vicisitudes enfrentadas. Trabajos clínicos realizados en contextos post-María, tanto en el consultorio clínico como en escuelas particulares dan cuenta de diferentes trayectorias de acoplamientos de los menores. Por ejemplo, un niño de sectores medios altos, traído a la clínica por falta de iniciativa, poca motivación escolar, inhibido en su relación con los otros, sorprendió a ambos padres cuando en medio del embate del huracán se constituyó en el héroe que evitó un desastre mayor. Al comienzo de los vientos su padre, al notar que la puerta de cristal que protegía la casa de la entrada del agua de lluvia se iba volando, intentó aguantarla. Al romperse, la puerta lo golpeó en una mano y este comenzó a sangrar profusamente. Madre y padre ayudándose mutuamente, olvidaron la presencia del niño que desde su propia iniciativa caminó por un pasillo, avisó a sus vecinos y buscó ayuda. Luego, buscó materiales de primeros auxilios para ayudar a curar a su padre. Esto es, un niño que llega a la clínica por falta de recursos personales para lidiar con su propia vida, encuentra en el huracán una suerte de propulsor de fuerza.

Por otro lado, niños de una escuela elemental de una comunidad en el barrio Venezuela de Río Piedras mostraron que, aunque frustrados por la pérdida de sus juguetes y efectos personales, esto no constituyó un detente mayor en su vida. Vivencias previas de pobreza y de lucha parece haberles servido como simulacro para producirse recodos de fuerza para enfrentar este nuevo embate. Sorprendieron, además, con sus comentarios políticos tales como “Trump solo sabe peinarse su pelo naranja”, expresión que denotaba crítica al presidente de Estados Unidos, Donald Trump, quien al visitar la Isla tras el paso del huracán María, lanzó rollos de papel

toalla a los habitantes de Puerto Rico presentes, lo que ocasionó críticas locales e internacionales, registradas y retomadas por los menores de esa escuela elemental. Igualmente comentarios como “los militares vinieron a ayudarnos” y con repetidos dibujos de aviones tramitaron su fantasía (al igual que sus padres) de salir del País, con la expectativa de una vida mejor dieron cuenta de su captación de asuntos políticos, económicos y sociales que incidieron en las condiciones pos huracán. Durante una actividad final, llevada a cabo luego de varias intervenciones clínicas dirigidas a explorar el efecto emocional del huracán en los niños, estos sorprendieron con un comentario ecológico, metáfora de su fuerza cómo la de los árboles, los cuales semanas después del huracán, cuando comenzaron reverdecer y a producir follaje. Sobre su posicionamiento emocional tras el huracán María los niños expresaron: “El huracán le llevó las hojas a los árboles, pero no nuestra fuerza y nuestro corazón”.

La escuela, junto a sus recursos disponibles y el respaldo de los sectores docentes y estudiantiles de la Universidad de Puerto Rico, se constituyó en estructura que le ofreció una cierta estabilidad y constancia a la vida de estos niños. La apertura de la escuela les ofreció una rutina y la posibilidad de un encuentro social refrescante, que los moviera de los problemas en sus casas sin techos al aula. La experiencia en esa comunidad escolar nos permitió conocer que los adultos, maestros y personal escolar en general también requieren de la colaboración comunitaria para trabajar con los desafíos tras un fenómeno natural como María entre los que se encuentra los cambios comportamentales de los niños, unos que se pueden manifestar como más demandantes. Esas manifestaciones comportamentales constituyen los modos de expresión de lo que no entienden, de lo que les preocupa, de lo que han perdido y de lo que anhelan.

Los maestros y todo el personal escolar atraviesan también sus propias pérdidas y duelos. Se benefician del apoyo de otros sectores para sostener la tensión generalizada que se puede vivir durante los tiempos posterior a un huracán al tener que asumir sus roles en las escuelas.

V. LA UNIVERSIDAD Y SU LUGAR ANTE FENÓMENOS EMERGENTES

El contexto global junto con la coexistencia de medios de comunicación que nos presentan, a modo de repetición, la escena diaria de desastres naturales, así como sus repercusiones devastadoras y fatales, suponen un constante desafío para los académicos. ¿Cómo propiciar una producción de conocimiento que contribuya a posibilitar un social capaz de poder asumir los retos contemporáneos? ¿Cómo incidir en las instituciones que trabajan de manera directa con las diversas poblaciones y sus particulares necesidades?

Interesantemente, la vida psíquica de los diferentes sectores activan estrategias diversas para enfrentar la crisis. En Puerto Rico, el chiste, la sátira política, la alegría, la música, nos permiten reírnos de los absurdos terribles a los que nos enfrentan tanto los huracanes como los manejos sociales y políticos de los mismos. Parecería que la historia de la precariedad en Puerto Rico y los recodos de fuerza que hemos desarrollado en el tiempo son de tal magnitud que, paradójicamente, no es posible distinguir entre estos y lo que podría ser nombrado como una crisis humanitaria. Tiene que venir alguien de afuera que la nombre como tal.

En su libro *Science and Power*, Stanley Aranowitz (1998) plantea que nuestra sociedad necesita una ciudadanía científica porque los asuntos a los que nos enfrentamos son cada vez más complejos. Es función de la Universidad contribuir a viabilizar esas nuevas formas de ciudadanía. La Universidad, como espacio privilegiado de producción de conocimiento, requiere de educar las generaciones de relevo cuya formación les posibilite asumir las crisis contemporáneas como constitutivas de la vida misma y no como excepciones. Se requiere la promoción de una formación académica que propicie lecturas emergentes de las necesidades y acoplamientos de los diferentes sectores. La Universidad deberá contribuir a promover análisis complejos que propicien ponderar un mundo convulsionado en sus diferentes acepciones.

En esa dirección propongo que se active la reflexión continua del tema de los desastres naturales y catástrofes en los diferentes cursos

de las diversas facultades académicas de la Universidad de Puerto Rico que tengan tangencias con el tema. Recomiendo igualmente crear un curso multidisciplinario que sea coordinado por un/a facultativo de la universidad sobre el tema Desastres Naturales: antes, durante y después, y se invite a académicos de las diferentes facultades. El mismo puede ser parte de los cursos de educación continua para agencias gubernamentales, incluyendo la Universidad. Las diferentes producciones académicas de los cursos deben circularse en los medios para contribuir a la elaboración de nuevas producciones de sentido en el público en general. Conocimiento pertinente al abordaje del psiquismo particular y colectivo ante un desastre o fenómeno atmosférico debe formar parte de un tránsito continuo entre la universidad y las agencias públicas y privadas. En ese sentido, recomiendo una mayor vinculación entre agencias gubernamentales y la Universidad para propiciar un dialogo sostenido sobre asuntos como lo puede ser construir informadamente planes detallados sobre manejo de todo tipo de asuntos humanos en tiempos regulares, que fomenten el manejo eficiente ante un fenómeno imprevisto. Recomiendo además, ofrecer educación continua a personal de agencias en torno a planes de contingencia al enfrentar cualquier tipo de desastre. Recomiendo también introducir en los currículos de las escuelas educación general sobre fenómenos naturales y desastres imprevistos, que incluya directrices ante un desastre o catástrofe y simulacros más de una vez al año con los menores en las escuelas públicas y privadas, hospitales, centro comerciales y todo lugar en el acuda público en general.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Agamben, G. (1998). *Homo Sacer. El Poder Soberano y La Nuda Vida*. Traducción de A. Gimeno Cuspinera, *Pre Textos*. Valencia.
- Aranowitz, S. (1998). *Science and Power: Discourse and Ideology In Modern Society*. Minnesota Press: University of Minnesota
- Benyakar, M. (2016). Los disruptivo y lo traumático. Vivencias y experiencias. En el Psicoanálisis Frente al Trauma. <http://imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=1716>
- Del Llano, P. (2017). Puerto Rico registró mil muertes más de lo normal tras el impacto de María. Periódico *El País*. Recuperado de la siguiente dirección electrónica el 10 de diciembre de 2017: https://elpais.com/tag/huracan_maria/a/
- Braunstein, N. (2012). *La memoria del uno y la memoria del Otro: inconsciente e historia*. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1996). *El malestar en la cultura*. En *Obras Completas*. Argentina: Amorrortu. Vol. 7.
- Marinero Heredia, A., García Oramas, M. J. (2015). "El huracán Karl: concepciones sobre su origen en una comunidad de Veracruz". In: *CIENCIA ergo-sum* : revista científica multidisciplinaria de la Universidad Autónoma del Estado de México 22 (2015), 1, pp. 19-29. URN: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:0168-ssoar-458520>
- Parés Arroyo, M. (2017). Se registra alza de muertes tras María . En el Periódico *El Nuevo Día*, miércoles, 8 de noviembre de 2017 - 11:30 PM Recuperado de la siguiente dirección electrónica: <https://www.elnuevodia.com/noticias/locales/nota/seregistraalzademuertestrasmaria-2372818/>
- Perrés, J. (1997). Intervención en Crisis y Psicoanálisis. En *Acheronta* 6. Recuperado de www.acheribta.org
- Tobilla Sáenz, A.(2017). Terremoto: Recordar y Elaborar el Trauma. En *Psicogrupo, Psicoterapia para el Cambio*. Recuperado de

<http://psicogrupo.com/lo-disruptivo/terremoto-recordar-elaborar-trauma/>

Volpatti, J.C. (2009). Estragos Posmodernos en la Clínica. II Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de La Plata (La Plata, 2009) Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/17276>

Wang, D. (2011). Hablar o callar. Traumas individuales o colectivos. Recuperado de <http://www.dianawang.net/blog/2011/05/31=hablar-o-callar-traumas-individuales-y-traumas-colectivos>